

El amor es el Espíritu de la Verdad

El Sr. Daniel Sargent escribió una biografía clásica titulada Tomás Moro. Si alguien debería saber algo sobre la utopía, ese era Sargent. Una noche, concluyó una conferencia sobre la utopía de Santo Tomás Moro en el St. Benedict Center con estas palabras:

“Escribir una utopía es fácil. Mucha gente puede decirnos qué está mal en el estado actual de las cosas, pero pocos tienen el coraje de hacer algo práctico al respecto desde dentro. Una utopía está completamente fuera y más allá; de hecho, es una creación completamente nueva. No es práctica en absoluto.”

Desde hace varios números, en *From the Housetops*, hemos estado hablando en contra de la educación secular en las universidades seculares y sobre la incursión del secularismo en las universidades católicas. No hemos escrito una utopía exacta, en la que hayamos creado una comunidad universitaria ideal, cuyos miembros se desarrollen en las materias correctas y vivan felices para siempre, pero tampoco hemos ofrecido una alternativa para las desastrosas condiciones que están generando no hombres y académicos, sino, más bien, problemas futuros para la sociedad. Que hemos vivido en medio de la educación secular, que hemos reflexionado y rezado al respecto, pueden estar seguros. También hemos hecho algo al respecto, cuyos detalles les contaremos algún día. Por el momento, nos gustaría presentar algunas reflexiones para su consideración.

Los católicos sabemos que el amor surge de la verdad. Lo sabemos de dos maneras: de Dios y de nosotros mismos. Sabemos que la Verdad Eterna, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, nos llegó primero, y sabemos que el Amor Eterno, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, nos llegó después. Dios como Amor surgió de Dios como Verdad.

En nuestra propia orden, sabemos que el alma humana está tan poderosa que el amor solo surge de la verdad. Un hombre ama verdaderamente cuando conoce la verdad. No puede haber amor verdadero sin verdad verdadera, y el mundo moderno, que conoce muy poco de la verdad, tampoco sabe qué es el amor verdadero. Si se preguntara qué necesita el hombre hoy en día, la respuesta sería, sin duda, amor. Los católicos sabemos que lo que más necesita es la verdad, de la cual, necesariamente, surge el amor. Porque ahora tenemos "amor" sin verdad, tenemos algo sentimental y vacío que deja al ser humano hambriento y sediento de no sabe qué, y solo es consciente de la falta de liderazgo (excepto falsos líderes como Stalin, Hitler y Mussolini), del caos, la confusión y una precipitada carrera hacia la destrucción.

¿Dónde se encuentra la verdad? Jesucristo, quien dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8,32), dejó esa verdad, que integra todas las verdades menores, al cuidado de su Iglesia, esa Iglesia que tiene como cabeza visible a su Vicario, el Obispo de Roma, y por eso se llama la Santa Iglesia Católica Romana. La Verdad no está en ningún otro lugar. (¡Es inútil discutir sobre la posesión de una verdad parcial! La verdad completa basta por sí sola). La adhesión a la Santa Iglesia Católica es lo único que salvará al mundo, firmará tratados de paz, traerá amor a la tierra y salvación después de la muerte. El tiempo es corto; debemos proclamar la verdad, enseñar la verdad, defender la verdad, mientras aún no sea demasiado tarde. Más que nunca, es hora de liderar. Nuestra voz se ha silenciado demasiado.

La voz de la verdad comenzó a silenciarse en el mundo con la llegada del Renacimiento. Las tendencias alcanzan su clímax con el paso de los siglos, y la Reforma surgió del Renacimiento. Países enteros se perdieron para la Iglesia, países en los que la verdad ya no se predicaba a todos. La Iglesia se vio obligada a

dedicar su tiempo no a afirmar la verdad, sino a defenderla, a intentar ganarse la confianza de las riquezas de la iniquidad para que sus hijos tuvieran suficiente alimento para sus cuerpos, por un lado, y para que se construyeran iglesias, escuelas y parroquias para alimentar sus almas, por otro.

Una de las características inevitables de toda herejía es que, antes de expirar, experimenta un giro hacia lo opuesto de lo que defendía en un principio. La historia de cada herejía en la Iglesia da testimonio de este hecho asombroso, aunque no sorprendente. Así, encontramos al protestantismo, que comenzó con la «fe sin obras» de Lutero, y ahora profesa por doquier «buenas obras sin fe». Esto es lo que llamamos «amor» sin verdad, lo cual, como sabemos, es una contradicción, pues, repito, no puede haber verdadero amor sin verdad.

El Renacimiento decía, aproximadamente: «Se ha puesto demasiado énfasis en Dios; volvamos a lo que el hombre puede hacer por sí mismo. Regresemos al hombre en su máximo esplendor, al hombre natural de Grecia y Roma, a los clásicos: al Hombre». Se necesitaron siglos para que una civilización teocéntrica se convirtiera en una antropocéntrica, pero gradualmente se logró. Dios desapareció del arte, la poesía, la prosa, la escultura y la música. El hombre impío que conocemos en la novela moderna, en el cine, en el arte moderno y en la música moderna es algo lascivo, degenerado y depravado.

Las buenas obras sin fe, el fin (en el sentido de los últimos días) de la Reforma, y el humanitarismo, el fin del Renacimiento, son responsables de las numerosas manifestaciones de amor sin verdad que encontramos a nuestro alrededor. A primera vista, parecería que el amor estaba en todas partes. Durante la guerra, lo distribuimos de muchas formas: ayuda rusa (ahora lo lamentamos), ayudas para Gran Bretaña (desde la reciente crisis palestina, parece que también nos estamos enfriando), difundiendo nuestro estilo de vida, haciendo del mundo un lugar seguro para la democracia. Actualmente, nos llega en la prensa, la radio y el cine, bajo los títulos: Objetivos comunes, Todos son sinceros, Una religión es igual a otra, Ayudas para todos, Miles de millones para todos (fuera de Estados Unidos), No debes ofender a la gente (diciendo la verdad).

Todo esto se llama amor, amor al prójimo. Esta clase de amor no parece haber sido aceptada por el mundo en general, ya que Europa y Oriente son francamente egoístas, pero Estados Unidos está profundamente ebrio de él. Es, por supuesto, también una forma de egoísmo, un hecho que Europa ha visto y aprovechado desde hace mucho tiempo, pero del que Estados Unidos no es consciente. Europa, tras haber tenido la Fe y haberla perdido, conserva al menos el recuerdo de una capacidad para la verdad. Nunca hemos tenido la Fe, como nación, y por lo tanto siempre hemos tenido un sustituto para la verdad. Por eso Europa siempre ha sido capaz de engañar a Estados Unidos.

Planned Parenthood se llama amor, ¡amor por la familia! Las reuniones interreligiosas se llaman amor, amor por todos los credos (como si eso fuera posible en el verdadero sentido de la palabra). El trabajo social moderno, que parte de premisas materialistas y ateas y que genera para los pobres, con altos salarios, trabajadores cuyos conocimientos son mucho más tristes que las vidas de las personas que "criarían", se llama amor. La psicología experimental, la psiquiatría, la antropología y la economía se llaman amor. La Cruz Roja se llama amor.

Amor, amor por doquier, ¡y ni un pensamiento que pensar! La verdad parecería estar ausente, tan pocas veces se escucha su voz, y uno se pregunta dónde han estado los católicos, que saben más, en todo esto. La siguiente cita se parece mucho a cualquier artículo de *From the Housetops*. Al contrario, fue escrita por el gran Padre Faber, Frederick William Faber, D.D., sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, y está

contenida en su libro EL CREADOR Y LA CRIATURA, o LAS MARAVILLAS DEL AMOR DIVINO, y fue publicada en Londres por Burns & Oates, Limited. Fue escrito en 1856, antes de que se estableciera la era de la cortesía y el liberalismo. Explica lo que les ha sucedido a los católicos, y si recordamos que las tendencias alcanzan su clímax solo después de muchos años, quedará claro que precisamente lo que el Padre Faber advertía en 1856 se ha cumplido en 1948. Escribe, en la página 17 del primer capítulo, «Una nueva moda de un viejo pecado»:

Los buenos cristianos escuchan las conversaciones a su alrededor, captan el tono predominante de la sociedad, leen libros y se familiarizan con ciertos principios de conducta de moda; y es imposible que sus mentes y corazones no se impregnen de la esencia de todo esto. Es fastidioso estar siempre en guardia, y por estar desprevénidos pronto nos volvemos incautos. Cuando un católico entra en tratos íntimos con protestantes, no debe olvidarse de colocar sus centinelas y actuar como si estuviera en territorio enemigo; y esto es una acción cruel, tan miserable como cruel. Sin embargo, así es. Cuando los periódicos nos dicen que el catolicismo siempre es más razonable y menos supersticioso cuando está en la presencia inmediata del protestantismo, no nos cuesta decidir si ha cambiado para bien o para mal. Todo esto ilustra lo que queremos decir. Los errores prevalecientes de nuestro tiempo y país nos llegan, corrompen nuestra fe, rebajan nuestras prácticas y nos dividen.

Nuestro Señor dijo: “Enseñándoos que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo” (Mateo 28:20). Nosotros, los que tenemos la verdad, debemos amar tanto a nuestros semejantes que no podamos descansar hasta que ellos también posean esa verdad.

“Y ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad” (1 Corintios 13:13). Pero la primera de ellas es la fe: el conocimiento. Entonces, y solo entonces, es posible la caridad: amar. El hombre se ha alejado tanto de Dios en su prolongado énfasis en sí mismo que necesita ser instruido de nuevo, y si queremos amarlo con el amor de Cristo (¿y qué otro amor vale la pena amarlo?), entonces es necesario primero darle la verdad para que pueda amar y ser amado.